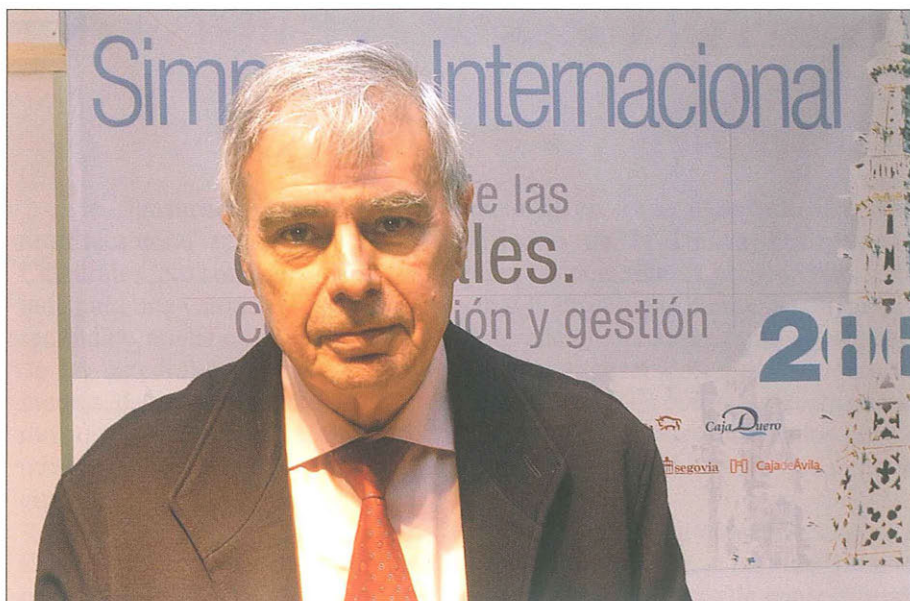


LA CATEDRAL: MODELO, METÁFORA Y MÁQUINA. UNA VISIÓN DESDE EL SIGLO XXI

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA



Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba es Arquitecto por la Escuela de Arquitectura de Madrid, donde ha ejercido su actividad profesional ocupando la Cátedra de Elementos de Composición.

Ha sido profesor invitado en numerosas universidades extranjeras. Su actividad académica se vincula a las innovaciones pedagógicas realizadas en diferentes países iberoamericanos.

Ha obtenido, entre otras distinciones, el Premio Nacional de Arquitectura, el Nacional de Restauración, el Premio de las Artes de la Comunidad de Castilla-León y la Medalla de Oro de la Arquitectura.

Es Académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Real Academia Española.

Considerado una de las figuras más relevantes en la teoría arquitectónica de los últimos cincuenta años, participa en las vanguardias españolas y se manifiesta en el panorama de la arquitectura española como uno de esos raros arquitectos que han sabido hacer compatible la construcción, la crítica y la enseñanza.

Ha intervenido en múltiples proyectos y obras de gran relevancia en la arquitectura y la restauración de monumentos españoles.

Es autor de numerosos escritos sobre pensamiento y crítica arquitectónica.

LA CATEDRAL: MODELO, METÁFORA Y MÁQUINA. UNA VISIÓN DESDE EL SIGLO XXI

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

Miembro de la Real Academia de San Fernando y de la Lengua

—

Se clausura este Simposio Internacional en torno al legado histórico-arquitectónico más singular y cualificado de la Unión Europea, las Catedrales. No son estas palabras, ni quien las comenta, la persona mas señalada para una valoración aproximada sobre la prodigiosa herencia patrimonial recibida y, analizada en este Simposio Internacional, bajo el título «La Europa de las catedrales. Conservación y gestión». A pesar de tantos periodos de incuria, destrucción y abandono sobre todo en un país como el nuestro, tenemos que admitir, que nuestras geografías son territorios privilegiados por tan monumentales conjuntos catedralicios en los entornos históricos de nuestras ciudades.

Es cierto, escribía yo en el año 2002, que una nueva conciencia sobre el Patrimonio, en general abandonado, cobra nueva conciencia en manifestaciones culturales o académicas que acotan y favorecen políticas de consolidación en sus fábricas y se detienen campañas de demolición de tejidos históricos hasta hace pocos años pasto de la «limpieza inmobiliaria», pero junto a esta nueva mirada de conservación responsable que cada día avanza con mayor insistencia, aparece en la propia dialéctica del proceso conservación-rehabilitación, una serie de factores que por su naturaleza plantea una revisión y sobre todo una nueva lógica planificatoria de atención al proyecto restaurador, que permita controlar el desarrollo violento, la envoltura espectáculo, la *destrucción diseñada* de tan singular patrimonio, no creo que este proceder sea privativo del acontecer restaurador español.

La sensación de que el entorno y la catedral, en la postciudad es un territorio amenazado, e invadido por los festivales transmodernos, queda reflejado, a veces, en nostálgicas evocaciones por la «pérdida del locus» y esta pérdida, debe llevarnos a la reflexión mas allá de la síntesis nostálgica de ensalzar sus reconocidos valores culturales-históricos.

Nos enfrentamos hoy en los lugares de esta postciudad que comento y cómo no, junto a las nobles y viejas máquinas catedralicias, que los hiperlugares edificados por la globalización, son construcciones y objetos de natura-

leza que roza la impostura que hacen inviable el poder remitirse a una conciencia de *locus* y, así la ciudad, se nos manifiesta como un territorio abandonado dispuesto a celebrar las comercializadas tramas urbano-arquitectónicas, expresión y valor de los símbolos del poder material que gobierna la postciudad y, que abate sin piedad la «apacibilidad» del lugar, el misterio del tiempo que encierran estos territorios de la máquina catedralicia.

Una variable que se agudiza en el tiempo estaría enmarcada en los términos que R. Assunto, historiador preocupado desde hace años nos relata y advierte, del riesgo que puede significar presentar la *antigüedad como futuro*, sobre todo ante una *industria de la cultura*, que necesita de la historia como materia especulativa para recrear los ritos turísticos donde administrar las estrategias del consumo cultural.

El patrimonio construido y máxime la Catedral, que durante siglos ha consolidado unas trazas y fábricas tan eficientes a la acción del tiempo y a la incuria de muchos de sus administradores, en la actualidad se presenta en muchos programas de conservación o restauración, como un «operador simbólico» que ha de servir a la planificación económica, a los nuevos usos, o bien al sucedáneo de un proyecto arquitectónico rehabilitador que debe aceptar el simulacro de la postmodernidad vencida, como una respuesta de modernidad en los nuevos programas asignados el gran contenedor espacial que representa la Catedral.

El patrimonio, podemos atisbar en doctas tesis y lecciones, «es una cuestión que hay que contextualizar». Amenazante interrogante que al margen de su dislocada sintaxis, ha sido y es, doctrina que podemos ver crecer en alguna de las actuaciones que sobre catedrales y conjuntos monumentales se vienen realizando, ya sea en sus tipologías consolidadas, o en la destrucción de sus contenidos patrimoniales, en la vulgarización de los sistemas constructivos ajenos a la estirpe y naturaleza del monumento, en la intervención de profesionales no cualificados ni especializados y sobre todo ante la llegada de improvisadas «elites», eclesiásticas, políticas y culturales que vierten sus miradas hacia el espacio construido sin respetar el misterio del tiempo ni leyes de la lógica restauradora.

La ciudad que había surgido de la contrarreforma se consagraba con el abusivo predominio del arte religioso, con escenarios de gran influjo místico en una relación metafísica de la muerte, como queda con elocuencia patente en las composiciones barrocas de tan singular belleza en la Europa de la época; posteriormente el ritual burgués abatido en su operatividad edificatoria, trataría de planificar la recuperación simbólica de la ciudad frente a las duras y precisas variables de la industrialización. Tan particulares demandas acarrearón consecuencias irreparables en los conjuntos patrimoniales, dejando a la ciudad histórica como almonedas para contemplarla como ruina, archivo, o arqueología funeraria, la ciudad incontrolada como un enigma para consumir los sueños melancólicos, estos conjuntos patrimoniales y sus máquinas

arquitectónicas quedarían catalogadas, más tarde en los archivos del sentir materialista de la historia como una, «presencia de lo que todo es ausencia».

Será la voz secreta del tiempo acelerado, la velocidad, quien rompa ya en la postciudad, la adhesión sin límites hacia aquellos enigmas, los nuevos tiempos tecnificados y el canon del cosumo virtuoso los encargados de reciclar sin piedad los escenarios de la impostura frente al tejido de la historia, fábula mal narrada que no llega a configurar los postulados de una nueva ética de la forma que permita la recuperación no sólo espacial de este gran patrimonio, sino que posibilite desde la lucidez del proyecto, que la lógica de los hechos subordine la irracionalidad de las imposturas y simulaciones.

De la aptitud reverencial de los viajeros del s. XIX ante la «ruina», se aprecia hoy una corriente que pretende entender el Patrimonio Arquitectónico desde unas coordenadas estrictamente mercantiles, se trata de administrar la restauración y remodelación de los monumentos como fuente de plusvalías. ¿Cómo alejar en la oscuridad de la noche mercantil, la tentación de transferir la consolidada máquina catedralicia a las fauces voraces de ser explotada como un parque temático?, en definitiva, ¿si se trata solo de recuperar la memoria de la historia aderezada con unos gestos formales de modernidad que puede producir atractivos beneficios?

No son pocas las catedrales que consolidado su estado de obsolescencia y recuperada su habitabilidad espacial, se pretenda orientar los nuevos usos de sus recintos hacia los postulados ideológicos e intereses con los que se construyen hoy los «museos de diseño», esas grandes termas visuales de la cultura de consumo donde la alegoría ha colonizado la forma al símbolo y, donde también hemos podido comprobar que la razón es mortal, que es una fuerza natural controlada de manera parcial en la dinámica de las sociedades tecnológicas y, no es tan buena consejera en el uso del espacio en la contemporaneidad.

Si el arte, no es más que el producto del recuerdo (A. Hauser), la espacialidad de unas arquitecturas, como las que encierran el Patrimonio Catedralicio Europeo, su arquitectura, cuando supera la retórica de sus discursos alegóricos, es capaz de relativizar el tiempo, es decir, buscar los límites razonables de su función y uso hoy día.

Si queremos que la catedral consolidada y recuperada de su abandono secular, prodigiosa *máquina* del ingenio del arte de construir y deslumbrante *modelo* de la inteligencia, no sea adulterada por los nuevos falsos ídolos de nuestro tiempo, que en la fugacidad de su espectáculo restaurador, mercantilizan los primitivos lugares de civilización y cultura, tendremos que vigilar muy atentos la remodelación y los cambios de signo del monumento.

Nos encontramos hoy ante estas monumentales máquinas catedralicias que constituyen tan elocuente legado histórico europeo, espacios donde quedan reseñados los lenguajes de la metáfora poética, su contundente expresión material, abstracción en la economía de la forma, su decantado expresionis-

mo de la función constructiva; han sido lugares de intercesión entre los anhelos de la supervivencia de los hombres y el Dios del universo.

Con el transcurrir del tiempo, se han transformado en modelos precursores desde la estereotomía de la piedra, a una arquitectura de la transparencia, como han hecho evidentes algunos siglos después las imágenes de la modernidad industrial en los años veinte del siglo precedente, o las traslucidas envolturas Hi-Tech de la postmodernidad.

Contemplamos hoy el vacío de estos recintos, como manifestación simétrica de nuestras identidades comunitarias perdidas, motivadas por el desarrollo y evidencias de la civilización tecnológica. Estos logros no ponen en peligro ninguna de las conquistas positivas en tan prodigiosa época, son nuestras agrupaciones democráticas las que deben establecer las leyes de equidad y equilibrio social, regulando desde la economía los postulados más nobles que se precipitan como formas de civilización.

Aparecen algunas operaciones de autentica cosmética conservadora, modernizadora o «progresista», que actúa, sin pudor contra hitos tan significativos. Ante tales síntomas tenemos que celebrar estas reuniones que tratan de configurar unos presupuestos teóricos y de régimen administrativo que puedan levantar la mirada beligerante, crítica y renovadora atenta a desmitificar y develar un panorama restaurador enrarecido, que soporta la ideología de la belleza-obscena, que propugna, una estética que diseña la forma y se opone a la ética que construye su verdad.

Deberíamos estar mas cerca de aquellos platónicos constructores de la catedral de Chartres, que descubrieron para su construcción el principio que conserva el orden de la naturaleza, «cuando el arquitecto proyectaba su templo, según las leyes de la proporción armónica, no solo imitaba el orden del mundo visible, sino que transmitía también, en la medida en que le es posible al hombre, una indicación de la perfección del mundo venidero»¹.

¹ Citado por Antonio Fernández Alba en la Ciudad Herida, p. 74. Otto Von Simson pp. 56 y 57. La Catedral Gótica, Ed. Alianza Forma 1982.